

TRUEBA, Carmen, *Ética y tragedia en Aristóteles*, Barcelona, Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana (Autóres, textos y temas. Filosofía, 54), 2004, 158 págs.

Un pequeño gran libro. Pequeño, porque la autora, siguiendo el consejo de Calímaco, quiso huir del gran mal del gran libro, y dar a los lectores, breve y condensadamente, los resultados de largos afanes con que se ha ocupado de Aristóteles. Grande, por varias razones, de las que sólo mencionaré algunas, para que estas líneas sean un reflejo al menos de su brevedad, y recomendar así su lectura sin pretensiones de haber dicho todo lo que debería decirse de este libro.

Para que los lectores puedan hacerse una idea aunque sea esquemática del contenido, transcribo aquí el título de los cuatro capítulos y de los correspondientes apartados que los componen:

- I. La *mímesis* poética (pp. 13-42)
  - La *mímesis* como composición
  - La *mímesis* poética como creación e invención
  - Mímesis* y metáfora
  - El error poético
  - Mímesis* y *téchne*
- II. La catarsis trágica (pp. 43-63)
  - La catarsis como purificación de las emociones
  - Las emociones trágicas

---

PALABRAS CLAVE: aristóteles, ética, poética, tragedia.

RECEPCIÓN: 6 de octubre de 2004.

ACEPTACIÓN: 13 de enero de 2005.

## III. Poesía y filosofía (pp. 65-96)

La violencia femenina en la historia y en la tragedia

Historia y tragedia

La *hybris* de Jerjes

Enseñanza trágica y enseñanza histórica

Personaje trágico y personaje histórico

La tragedia y lo universal

El problema de la *máthesis* poética

La *máthesis* trágica como enseñanza universal sobre la condición humana

La enseñanza trágica como aprendizaje por el dolor

El aprendizaje trágico como una especie de comprensión práctica

## IV. Ética y tragedia (pp. 99-122)

La comprensión moderna de lo trágico

La *hamartía* trágica

Cabe agregar también que el libro además contiene Prólogo (pp. 7-11); Conclusiones (pp. 123-131); Bibliografía (pp. 133-149); Índice de nombres (pp. 153-155), e Índice (pp. 157-158).

Como puede deducirse claramente a partir de los capítulos del libro, *mímesis*, *kátharsis*, *máthesis* y *hamartía* son los fundamentos en que se levanta la grandeza de este “librito”, y de ellos y del título no es difícil que el lector concluya que el tema es la *Poética*.

Atendiendo a la cantidad de páginas dedicada a cada capítulo, aparentemente, sólo por el número de apartados, el más amplio es el tercero. Lo que ocurre allí es que la *máthesis* poética es comparada con otras dos *matheseis* que la compenentran sin confundirse con ella: la *máthesis* histórica y la filosófica. Por otra parte, el título con razón no menciona explícitamente a la *Poética*, dado que la tragedia sólo es una especie de ese género de imitación que es el arte poética, y quedan fuera del libro de Carmen Trueba muchos otros temas de la obra aristotélica. Asimismo, hay que hacer notar que significativamente, dado el énfasis argumentativo del capítulo cuarto, el libro lleva un título idéntico. Así pues, Carmen Trueba analiza las categorías esenciales para desentrañar el significado y el sentido de los pasajes de la *Poética* que se ocupan de esa especie de *mímesis* que es la tragedia, y explica los mecanismos de vincu-

lación entre esas notas demoniacamente ambiguas y la teoría ética del Estagirita.

Ahora bien, cualquiera podría decir, y con razón, que este libro no es sino una gota más, para continuar igualmente con un lugar común, en los ríos de tinta que han corrido a lo largo de los siglos a propósito, por ejemplo, de la catarsis, cuya escabrosidad se remonta a Aristóteles mismo, y cuya definición seguirá todavía pendiente en los siglos venideros. Y no importaría, toda vez que, como dice un proverbio citado por Platón, “hay que decir dos y tres veces lo que está bien dicho”.<sup>1</sup> Además Trueba se ha zambullido en ese río de tinta, y ha conseguido darnos los instrumentos para llegar, en la medida de lo posible, a disfrutar un sorbo limpio y prístino de “teoría aristotélica de la tragedia”: primero, ha discutido lo problemático de los pasajes aristotélicos de la *Poética*, atendiendo no sólo a la crítica interna, sino valiéndose también de otros pasajes de la obra aristotélica misma que pudieran iluminar lo oscuro; después, ha procedido con la suficiente precisión filológica, sin llegar a ociosos pruritos léxicos, y también ha escrito con algo que suele ser raro entre los filósofos: claridad. Es común ver a la confusión disfrazada de “pensamiento profundo”. Finalmente, con erudición, pero sin pedantería, discute, a propósito de las categorías mencionadas (*mimesis*, *kátharsis*, *máthesis* y *hamartía*), las interpretaciones de autores modernos, desde Nietzsche, hasta Donini, Halliwell, Gadamer, Dodds, Sorabji, Rodríguez Adrados, y muchos más. Trueba no pretende, por ejemplo, lo imposible: dar una palabra definitiva sobre la interpretación de la catarsis, pero llega a establecer que su sentido debe comprender al menos lo complejo de la teoría aristotélica de las emociones, es decir, sensaciones de placer y de dolor, alteraciones y procesos fisiológicos, creencias y opiniones, y actitudes o impulsos; también logra hacer ver, de manera crítica, de qué manera las interpretaciones de un texto ya también forman en cierta medida parte de ese texto. Por ejemplo, en su

---

<sup>1</sup> Cfr. Pl., *Philb.*, 60 a: εὖ δ' ἢ παροιμία δοκεῖ ἔχειν, τὸ καὶ δις καὶ τρίς τό γε καλῶς ἔχον ἐπαναπολεῖν τῷ λόγῳ δεῖν: “el proverbio parece ser correcto: es preciso repetir con la razón dos y tres veces lo que es bello”. Véase también id., *Gorg.*, 498 e 11-499 a 1: καὶ δις γάρ τοι καὶ τρίς φασιν καλὸν εἶναι τὰ καλὰ λέγειν τε καὶ ἐπισκοπεῖσθαι. “Pues también ciertamente afirman que bello es decir y analizar dos y tres veces las cosas bellas”.

análisis de la *mimesis*, al margen de su significado como mero discurso directo, con lo que probablemente se hubiera contentado una filología de miras estrechas, se señalan otros significados que hacen ver la especificidad del arte poética, como saber productivo, y se apuntalan los elementos que hacen de la *Poética* un escrito no de teoría del conocimiento, sin más, ni de intereses predominantemente éticos o psicológicos, sino de estética, con un objeto propio de estudio como pueden ser el arte y la poesía.

Con sencillez, sin perder profundidad, Trueba consigue poner de nuevo en entredicho los lugares comunes de la *Poética* aristotélica; y allí donde no habría de manera inmediata resquemores, levanta polémica y hace ver que la tragedia no es llanamente un texto donde la humanidad entera pueda verse a sí misma. Si bien es cierto que en el *Filebo* Platón había parangonado la comedia y la tragedia en el teatro con la tragedia y comedia de la vida,<sup>2</sup> y que Aristóteles mismo había visto la tragedia como “imitación de una acción y de una vida”,<sup>3</sup> el efecto propio de la tragedia, su *ergon*, no está en ser reflejo de la vida, sino en que las virtudes poéticas, es decir, las facultades artísticas de quien escribe, produzcan un placer determinado; en otras palabras: lo poético, o mejor, la imitación poética, la específicamente trágica, no es tal por el grado de apego a la realidad, sino por el efecto, la catarsis, que el poeta consigue suscitar en los espectadores gracias a su arte. Una generalización a rajatabla de algo que en principio podría aceptarse —la tragedia es reflejo de la vida humana— haría perder sutiles diferencias: Edipo no es paradigma del ser humano, sino un personaje, más precisamente, un carácter trágico, y sin embargo, tampoco su tragedia puede reducirse a un mero melodrama psicológico; debe haber una lectura simbólica. También la autora impugna, por ejemplo, que el

---

<sup>2</sup> Pl. *Phlb.*, 50 b: Μηνύει δὴ νῦν ὁ λόγος ἡμῖν ἐν θρήνοις τε καὶ ἐν τραγωδίαις καὶ κωμωδίαις, μὴ τοῖς δράμασι μόνον ἀλλὰ καὶ τῇ τοῦ βίου ζυμπάσῃ τραγωδίᾳ καὶ κωμωδίᾳ, λύπας ἡδοναῖς ἅμα κεράννυσθαι, καὶ ἐν ἄλλοις δὴ μυρίοις. “El discurso ahora nos muestra —dice Platón por boca de Sócrates— que en trenos y en tragedias y comedias, no en los dramas solamente sino también en toda la tragedia y comedia de la vida, dolores con placeres al mismo tiempo son mezclados, y en muchos otros casos”.

<sup>3</sup> Arist., *Po.*, 1450 a 16; epígrafe de la p. 13.

conocimiento de la tragedia como algo que sólo se obtiene dolorosamente sea la manera en que deba entenderse la idea aristotélica de que la tragedia, por ser imitación, es al mismo tiempo conocimiento, pese a esta sentencia esquiliana: “Zeus puso a los mortales en el camino del saber, cuando estableció con fuerza de ley que se adquiriera la sabiduría con sufrimiento”;<sup>4</sup> no es verdad que Aristóteles, al decir que hay conocimiento en la tragedia, suscriba el dicho popular: “se sufre, pero se aprende”.

Cierto es también que la autora perdió una oportunidad singular de mostrar lo propio de su análisis de la tragedia al hablar de *Áyax*, de Sófocles, en la p. 103. Trueba había señalado en la página precedente que B. Vickers objeta la opinión que tiene a la *hybris* como elemento esencial de lo trágico, y asimismo había matizado lo acertado de esa objeción, afirmando que ella no es prueba de que la insolencia trágica sea una invención de los críticos modernos. Para mostrar la presencia y la importancia de la arrogancia trágica en muchas obras, Trueba escoge la obra sofoclea (p. 104), y contra ello no tenemos nada, pero omite lo que fuera el elemento decisivo de la tragedia, lo quizá esencialmente sofocleo de la obra, que consistía en que el poeta le hubiera devuelto a *Áyax* la razón, dejándole ver el ridículo que había hecho, y hacer de su suicidio no una locura sino una acción voluntaria mediante la que pretende recobrar su honor.<sup>5</sup> Esto no está en contra de lo que Carmen Trueba ha señalado, sino que, por el contrario, ilustra lo que a juicio de ella misma es el objetivo de Aristóteles: hacer de la tragedia primordialmente y por encima de sus efectos éticos o epistemológicos una creación poética. Por otra parte, no vence Trueba su lirismo, y en larga nota de la página 128, nos regala con frases tomadas de las tragedias “que nos invitan a detenernos en la lectura del texto y que nos invitan a reflexionar”; habrá a quien le parezca superfluo, pero igualmente habrá quien, aguijoneado, emprenda nuevamente la lectura de las tragedias, pero ahora, espero, con una mirada menos ingenua.

---

<sup>4</sup> A., A., 176-181; epígrafe en la p. 87.

<sup>5</sup> Sophocle, *II, Ajax. Oedipe Roi, Électre*, texte étab. Alphonse Dain, trad. Paul Mazon (5ème tirage revu et corrigé Jean Irigoin), Paris, “Les Belles Lettres”, 1981, p. 4.

En fin, podría terminar estas líneas diciendo que es un libro que, ante todo, hace volver a la lectura directa de la *Poética*; enuncia los problemas, rebate las opiniones, rehúye el dogmatismo, y permite volver a pensar en lo que falsamente se acepta como lugar común. Su lectura es, pues, un ejercicio del pensamiento.

José MOLINA